



Nómadas (Col)

ISSN: 0121-7550

[nomadas@ucentral.edu.co](mailto:nomadas@ucentral.edu.co)

Universidad Central

Colombia

Stefanoni, Pablo

LAS NUEVAS FRONTERAS DE LA DEMOCRACIA BOLIVIANA

Nómadas (Col), núm. 22, abril, 2005, pp. 269-278

Universidad Central

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105116726022>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en [redalyc.org](http://redalyc.org)

 redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# LAS NUEVAS FRONTERAS DE LA DEMOCRACIA BOLIVIANA

PÁGS.: 269-278

Pablo Stefanoni\*

Desde el año 2000, Bolivia asiste a un escenario de profundas transformaciones políticas, económicas y sociales, caracterizado por la irrupción de los campesinos e indígenas en la escena nacional. La pérdida de legitimidad del sistema de partidos creó un conjunto de oportunidades políticas para la constitución de nuevas identidades políticas y sociales que –desde el ámbito institucional y extra institucional– introdujeron una disputa de sentidos en cuanto a lo que debe entenderse por nación y democracia en el país.

Palabras clave: nación, etnicidad, identidad política, hegemonía, autorrepresentación, cocaleros.

Desde o ano 2000, Bolivia assiste a um cenário de profundas transformações políticas, econômicas e sociais, caracterizado pelo aparecimento de trabalhadores rurais e indígenas na cena nacional. A perda da legitimidade do sistema partidário criou um conjunto de oportunidades políticas para a constituição de novas identidades políticas e sociais que, desde o âmbito institucional e extra institucional, introduziram uma disputa de sentidos em relação ao que se deve entender por nação e democracia no país.

Palavras-chave: nação, etnicidade, identidade política, hegemonia, auto-representação, cocaleros.

Since 2000, Bolivia has witnessed a setting of profound political, economical and social transformations, characterized by the irruption of peasant and indigenous peoples in the national political scene. The political party system's loss of legitimacy created a conjunction of political opportunities for the making of new political and social identities that –from the institutional and extra institutional domain– introduced a dispute of meanings as far as what should be understood by nation and democracy in the country.

Key words: nation, ethnicity, political identity, hegemony, auto representation, cocaleros.

ORIGINAL RECIBIDO: 26-I-2005 – ACEPTADO: 10-II-2005

\* Licenciado en Economía (UBA), periodista e investigador social, ex becario de Clacso-Asdi 2002, Premio en Ciencias Sociales “Agustín Cueva” 2004, Universidad Central del Ecuador. E-mail: pablostefanoni@yahoo.com.ar

**D**esde el año 2000, Bolivia asiste a la mayor desestabilización de las identidades políticas de las últimas décadas y de la idea sedimentada de nación, hegemónica desde la Revolución Nacional de 1952 y fuertemente debilitada por la desidentificación nacional operada en la última década y media de políticas neoliberales. Igualmente, en los últimos cinco años la política boliviana ha estado marcada por la irrupción de los movimientos campesinos e indígenas en la vida política nacional, la construcción de nuevas solidaridades políticas, en gran medida basadas en la politización de las identidades étnicas, y en el contexto de fuertes cuestionamientos al modelo económico-social vigente desde 1985 y a la “democracia pactada”, que garantizó la estabilidad política necesaria para el desarrollo de las reformas estructurales.

A lo largo de estos años han sido visibles dos fenómenos en el escenario político y social boliviano: 1) la profunda crisis de legitimidad y la pérdida de capacidad articulatoria de los partidos que administraron el modelo neoliberal, y 2) la reconstitución de lo popular mediante un discurso con fuerte contenido étnico-cultural, capaz de instaurar nuevas fronteras políticas en el país. Al igual que en otras naciones del continente, el populismo boliviano, expresado en el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), sufrió fuertes desplazamientos identitarios, que condujeron a la desaparición de su dimensión nacional-popular; es decir, el desplazamiento de un horizonte en el que la identidad se vertebraba a través de una promesa reformista de “justicia social” hacia el privilegio del orden y la estabilidad ante el caos [la hiperinflación y el “desgobierno” del gobierno de la Unión Democrática Popular, conformada por el MNR de izquierda, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el Partido Comunista de Bolivia (PCB), que gobernó entre 1982 y 1985]. Así, esta transformación en partido del orden anuló el juego pendular entre ruptura e integración característica del populismo<sup>1</sup> y, progresivamente, el MNR perdió su capacidad articulatoria de antaño, llegando la espiral de desprestigio hasta la caída de Gonzalo Sánchez de Lozada en octubre de 2003 y quedando los signifcantes nacionalistas “a disposición” de las nuevas identidades, que en gran medida retomaron sus “clivajes” característicos, especialmente la reedición de la disputa entre la nación y la antinación. Aunque, como veremos más adelante, la idea de nación homogénea –hoy desprestigiada dada su incapacidad para superar las je-

rarquías coloniales– fue parcialmente abandonada en favor del reconocimiento de la diversidad étnico-cultural. Más aun, la etnicidad actuará como un “enmarcador ideológico” de la acción colectiva y la construcción de afinidades y diferencias dentro del campo político boliviano. De esta forma, asistimos a un proceso de *etnificación* de la política, en el que lo indio –tradicionalmente sinónimo de dominación, estigmatización e inferioridad– se transformó en fuente de capital político (lo que puede verse en la valorización de los idiomas indígenas, los atuendos y símbolos “tradicionales” y los aspectos somáticos en el mercado político del campo y los barrios pobres de las ciudades).

En tal sentido, si bien, como veremos más adelante, siguen siendo los sindicatos la principal fuente de renovación política y de crecimiento de la izquierda en el país, el núcleo ya no es el obrero, fabril o minero<sup>2</sup>, sino que son, básicamente, los sindicatos campesinos (Tapia, 2004), cuyas formas organizativas y sus marcos interpretativos articulan, no sin problemas, lo clasista y lo étnico-cultural o étnico-nacional (en el caso aymara). Se trata de una expansión desde el campo a la ciudad, como lo demuestra la evolución del Movimiento al Socialismo (MAS), que desde un núcleo territorial específico –la región cocalera del Chapare– se desbordó hacia el ámbito nacional como fuerza articuladora de diversos sectores sociales subalternos<sup>3</sup>. Como señala Tapia (2004), estas transformaciones fueron acompañadas por un significativo desplazamiento desde un discurso obrerista, en el sentido de que la clase obrera era el sujeto articulador de la nación y del proyecto político, hacia un sujeto indio y campesino. Modificación preparada por el desarrollo del katarismo en los años setenta que, a partir de una nueva intelectualidad aymara y quechua, denunció con fuerza el “colonialismo interno” e instituyó nuevas fronteras políticas entre indios y *q’aras* (blanco-mestizos). Desde 2000, cuando la “guerra del agua”<sup>4</sup> en Cochabamba revirtió el ciclo de derrotas de las movilizaciones sociales, se asistió a un nuevo ciclo de acción colectiva popular, en paralelo a la construcción de nuevas identidades políticas. El MAS ha renovado el discurso nacional-popular en el país y se está consolidando como una estructura discursiva que combina elementos del discurso katarista (étnico-cultural), del nacionalismo revolucionario de los años cuarenta y cincuenta (dicotomización del campo político) y de la izquierda tradicional (clasista).

## El Chapare: la emergencia de una nueva identidad política

El fortalecimiento del movimiento sindical cocalero a mediados de los años ochenta en la región del Chapare<sup>5</sup> está fuertemente vinculado a las políticas de erradicación forzosa de cultivos de coca –especialmente en el subtrópico cochabambino–, operadas en el marco de la política antidrogas propugnada por el gobierno de Estados Unidos. Esta intervención estadounidense, más o menos abierta, actuó como el “exterior constitutivo” en la conformación identitaria de los cocaleros como fracción parcialmente separada del movimiento campesino, que articula diversas memorias (campesina, minera e indígena) producto de los procesos migratorios y posee una fuerte proyección política: “En el caso del Chapare, a diferencia de otras regiones del país, incluyendo los Yungas, los ampliados sindicales no se limitan a cuestiones que son directamente de competencia sindical, [sino que] se debaten cuestiones políticas a nivel nacional como, por ejemplo, la Ley de Aguas o la venta de gas a otros países” (Speeding, 2004: 301). El ex dirigente cocalero, William Condori, sintetiza: “Primero, la coca como parte de nuestra identidad; segundo, la coca como parte de nuestra economía; tercero, que es una política internacional, que so pretexto de lucha contra el narcotráfico, puede destrozar al movimiento cocalero” (citado en García Linera *et al.*, 2004).

En un contexto caracterizado por la militarización de la “guerra contra las drogas”, con un saldo de numerosos muertos y heridos, los campesinos cocaleros han emergido como movimiento social, es decir, han consolidado estructuras de movilización, repertorios de acción colectiva, un conjunto de valores y símbolos, y una identidad colectiva que les permite concetrar y movilizar voluntades en favor de objetivos comunes, sintetizados en la oposición a las políticas de erradicación forzada de sus cultivos y un conjunto de demandas de cambio estructural en el país, incluyendo la convocatoria a una Asamblea Constituyente (García Linera *et al.*, 2004).

De esta forma, junto con la defensa corporativa de sus intereses, el movimiento cocalero fue logrando –mediante una eficaz batalla simbólica– articular parcialmente una voluntad nacional-popular que interpela al modelo económico e institucional (neoliberal)

vigente en el país desde 1985, y –en virtud de una suerte de “memoria larga”– a la propia historia de dominación y exclusión heredada del período colonial –incorporando, aunque de “forma más instrumental que emotiva”<sup>6</sup> una identidad “originaria” (García Linera *et al.*, 2004)– que legitima el cultivo de coca. El discurso en defensa de la coca se fue convirtiendo en una superficie de inscripción para el creciente cuestionamiento a la subordinación nacional, a los mandatos de la embajada estadounidense y al carácter racializado del Estado y la sociedad bolivianos, combinando la denuncia del colonialismo de “corta duración” (estadounidense) con el de “larga duración” (español) (*Ibid.*), aunque el primero cumple una función estructurante de mayor importancia en la agenda política del MAS.

La Tesis del Instrumento Político –aprobada en un congreso campesino, en 1995– se inserta en una tradición de acumulación político-social que privilegia la forma sindical por sobre la partidaria<sup>7</sup>. Su principal objetivo fue la “autorrepresentación”, mediante la conformación de un movimiento político como extensión político-electoral de los sindicatos campesinos, en un contexto de ascenso de los movimientos sociales. A partir de esas resoluciones se puso en pie la Asamblea por la Soberanía de los Pueblos (ASP), presidida por el dirigente cochabambino Alejo Véliz. Luego de una serie de divisiones, la ASP dio origen al Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (IPSP), liderado por Evo Morales<sup>8</sup>, el cual, al no obtener la personería electoral, “se prestó” la sigla del MAS, heredera de la Falange Socialista Boliviana. El MAS fue articulando eficazmente al núcleo sindical cocalero original con una red de alianzas de diversas organizaciones laborales y comunitarias en el conjunto del país, junto a una diversidad de grupos de izquierda que no se asimilaron al modelo económico neoliberal (Tapia, 2004); se trata de una coalición negociada y muchas veces tensa de sindicatos, fundamentalmente rurales, y algunos urbanos (García Linera *et al.*, 2004). Y, en el mencionado contexto de descrédito de los partidos tradicionales, se fue constituyendo en una fuerza nacional, cuya consolidación operó en junio de 2002, cuando Evo Morales alcanzó el segundo lugar en las elecciones presidenciales. Su expulsión del Parlamento en enero de ese año (acusado de promover la violencia en el conflicto cocalero, luego de los cruentos enfrentamientos entre policías y cocaleros en la loca-

lidad de Sacaba) y las amenazas del entonces embajador estadounidense, Manuel Rocha, contribuyeron sin duda a proveer la dosis justa de victimización –el indígena expulsado del parlamento *q’ara*– y “dignidad” –frente al imperio– que facilitó el logro de unos resultados exactamente opuestos a los esperados por quienes querían “erradicar” al líder cocalero, quien emergió a la escena nacional mediante la dicotomización del campo político (la consigna fue similar a las de Braden o Perón en la Argentina de los años cuarenta: *Rocha o la voz del pueblo*) (Stefanoni, 2003).

La participación de Evo Morales en diversas movilizaciones sociales, especialmente en la “guerra del agua” en Cochabamba y en tres fuertes bloqueos en el Chapare en 2000, le permitió construir nuevas solidaridades y establecer una amplia red de contactos –incluyendo sectores urbanos– que se tradujeron en la postulación de candidatos propuestos por las organizaciones sociales y la inclusión de una amplia plataforma de reivindicaciones que incluía la rebaja de las tarifas de los servicios públicos, la reversión de los procesos de privatización y la preservación de los recursos naturales. De esta forma se fue consolidando un movimiento, mezcla de izquierda rural y urbana, sindicalismo y etnia, capaz de articular un discurso anti-neoliberal y antiimperialista, e incorporar una visión étnico-cultural andina que interpela a otros sectores empobrecidos y marginados de la sociedad boliviana (Zegada, 2002: 11).

Es importante destacar que las fuerzas políticas emergentes son producto de las movilizaciones sociales y el núcleo de la “vida partidaria” son los sindicatos campesinos (aunque la expansión electoral ha conformado otros núcleos, como el bloque parlamentario o los alcaldes y concejales, cuya relación con los movimientos sociales, como veremos, no está exenta de conflictos). Se trata de “estructuras indirectas”, donde la participación en organizaciones sindicales de base es el canal de participación política; a diferencia del pasado, estos “instrumentos políticos” no sólo trabajan en los marcos de los sindicatos, sino que fueron creados orgánicamente por ellos (Tapia, 2004). Como señala Patzi (2003) “no son partidos que se insertan en el movimiento [social] para articularse con él sino que salen de él”. Por eso las fronteras entre lo político-electoral y lo sindical-corporativo no son claras y corrientemente dan lugar a tensiones. Tanto el MAS

como el Movimiento Indígena Pachakutic (MIP, liderado por Felipe Quispe) no se consideran “un partido político más” sino un instrumento político de las organizaciones sindicales y comunitarias.

En gran medida, podemos hablar de una “indianización” de la izquierda boliviana; hoy, a diferencia del pasado, los indios están a la cabeza de las nuevas organizaciones partidarias (antes, en la izquierda, “los blanco-mestizos eran los arquitectos y los indígenas los albañiles”, suele graficar Evo Morales). Los liderazgos son construidos en un largo proceso de ocupación sucesiva de cargos en el sindicato campesino, para luego ocupar posiciones en el Instrumento Político y, eventualmente, en el Parlamento. Las nuevas estructuras organizativas han desplegado con fuerza la idea de autorrepresentación –“votar por nosotros mismos”, “ya no somos escalera”– frente a las anteriores formas de representación mediadas por “intermediarios culturales” de las clases medias o de las élites, como fue el caso del movimiento Conciencia de Patria (Condepap), liderado por el “compadre” Carlos Palenque, o del acceso del aymara Víctor Hugo Cárdenas a la Vicepresidencia de la República, de la mano de Gonzalo Sánchez de Lozada (1993-1997).

Paralelamente, la forma organizativa del MAS –un núcleo cocalero que articula una alianza con sectores sindicales diversos y grupos urbanos provenientes de la izquierda– refuerza el papel de Evo Morales como árbitro (y caudillo) que garantiza la convivencia al interior del movimiento. Las recientes elecciones municipales, del 5 de diciembre pasado, han puesto de relieve la existencia de conflictos internos en casi todos los departamentos del país (actualizando las prácticas faccionalistas que forman parte de la cultura política boliviana, especialmente entre los sectores campesinos<sup>9</sup>). El poder simbólico construido por Morales resulta especialmente importante en el contexto de un movimiento concebido como una extensión de estructuras sindicales, con escasa institucionalización interna, un casi nulo aparato intelectual, y recorrido por numerosas fracciones (no formalizadas) cruzadas por la posesión de variados –y asimétricos– capitales sociales, culturales y étnicos (normalmente, cualquier crítica de Evo Morales a los parlamentarios es muy bien recibida por las bases en los ampliados del MAS).



Venezuela, 1957



Venezuela, 1957

## Interpelación discursiva y construcción de fronteras

Desde el año 2002, el MAS ha intentado “desocalizarse” para construir una hegemonía en el movimiento popular. Puede observarse el intento –aún precario– de articulación de elementos nacional-populares: una idea de nación plebeya, la defensa del territorio y la soberanía (centrada especialmente en los recursos naturales: gas, petróleo y hoja de coca), combinada con una fuerte interpelación antiimperialista (fundamentalmente antiestadounidense) vinculada a la defensa de la “dignidad”. Estos esfuerzos por superar lo sindical-corporativo se apoyan en gran medida en lo que Laclau (1996) denomina “lógica de la equivalencia”. Es decir, la conjugación de diversas demandas particulares en un sujeto colectivo (el pueblo) a partir de la disolución parcial de las diferencias (reivindicaciones particulares) en cadenas de equivalencias, procurando lograr una suerte de “suma hegemónica” que le permita articular una voluntad colectiva nacional. De allí la mencionada reapropiación de marcos interpretativos del nacionalismo revolucionario y la dicotomización tendencial del campo político –entre “amigos y enemigos”–, característica del populismo (Aboy, 2003). (El canto del himno nacional, y los vivas a Bolivia, en los actos y congresos del MAS no dejan de ser significativos cuando se está cuestionando la propia idea de bolivianidad “excluyente” nacida en 1825). Sin embargo, al momento de definir un proyecto de gobierno, esta “suma hegemónica” se limita a una suma corporativa: “Nosotros, en este aspecto, pensamos muchas cosas, por ejemplo en la designación de los ministerios nomás todavía. Un Ministro de Educación que sea un profesor y que sea el ejecutivo o la Confederación de Maestros quien designe a su Ministro de Educación. Un Ministro de Salud que sea la Confederación de Salud, digamos, que elija un Ministro de Salud. Un Ministro de Trabajo que sean los mineros, la Central Obrera Boliviana que elija su Ministro de Trabajo, y Ministro de Asuntos Campesinos que elija la Confederación de Campesinos [...] eso creo que debería ser la estructura del Poder Ejecutivo” (William Condori, entrevisita, citado en García Llerena et al., 2004).

Mientras el MIP de Felipe Quispe apuesta a un indianismo más radical a través de una interpelación étnico-nacional (aymara), planteando una perspecti-

va de autogobierno indígena y renunciando a una articulación hegemónica nacional, el MAS apuesta a fórmulas que apelan con mayor fuerza a lograr el reconocimiento de lo indígena dentro del Estado boliviano actual. Sus construcciones discursivas asumen los procesos de mestización que dan cuenta de lo popular en el país y una perspectiva más inserta en las tradiciones nacional-populares, vinculadas al “sindicalismo revolucionario” desplegado en las regiones mineras y a las propias tradiciones campesinas de los cocaleros, más marcados por la identidad clasista que por la étnica. En su bagaje discursivo, el MAS ha recuperado la matriz interpelante de la izquierda boliviana post 52 (con la excepción del trotskismo), que a su vez representaba una radicalización del nacionalismo revolucionario: la nacionalización (bajo la forma de control estatal)<sup>10</sup> y el antiimperialismo. En ese sentido, podríamos definir provisoriamente al MAS como una fuerza nacionalista de izquierda. La expansión del MAS hacia el oriente del país, con mucha menor presencia de quechuas y aymaras, y sus intentos de atraer a sectores urbanos, tiende a la construcción de una idea más “populista” de pueblo: la equivalencia de todos los que se oponen a la oligarquía y al imperialismo (incluidos los empresarios “patrióticos”).

El núcleo del discurso del MAS –y de la mayor parte de la izquierda boliviana– es hoy el antineoliberalismo –especialmente la recuperación del control estatal de algunas áreas estratégicas de la economía, como los recursos naturales o los servicios públicos–. Se trata, en este sentido, de una izquierda “reformista”, que propicia un proceso de “descolonización del poder” y renacionalización del país, y opera, con tensiones, en el terreno institucional y extra institucional<sup>11</sup>. También el MAS incorporó la defensa de la democracia representativa a su horizonte discursivo, aunque, a diferencia del pasado, no se trata de una fase en la “transición al socialismo” sino del campo en el que deberá realizarse la “refundación del país que incorpore a quienes no participamos de la fundación de Bolivia”, es decir, se trata de la radicalización de la democracia y, en el mismo sentido, de su nacionalización efectiva. La crisis regional del país (potenciada por los reclamos autonómicos de Santa Cruz de la Sierra), ha reforzado esta apuesta por la democracia –y por la unidad nacional– lo que puede operar como espectro de cancelación de los antagonismos e integración en el actual sistema político. Tanto en la crisis de octu-

bre de 2003 como en los conflictos de enero de 2005, Evo Morales actuó de forma pendular, combinando momentos de radicalización –pedido de renuncia del presidente y amenaza de movilizaciones– con momentos de moderación –defensa de la democracia y de la continuidad institucional–.

La actividad parlamentaria del MAS ha puesto en evidencia un proceso de aprendizaje pero, al mismo tiempo, el numeroso bloque parlamentario *masista* emergió como una fuerza “paralela” a aquella que se articula en el seno del movimiento sindical (lo que genera tensiones que emergen en los ampliados y en las campañas electorales). Los dos años de gestión legislativa han puesto de relieve las dificultades para articular los tiempos parlamentarios con los de las movilizaciones sociales, y no resultó tan sencillo como se esperaba articular el “poder en las instituciones” con el “poder en las calles”. “Por eso digo, hay dificultades, en el Parlamento se mueven bajo una lógica, nosotros nos movemos bajo otra lógica; entonces, creo que hay, está en el proceso de cómo conjugar esas dos lógicas” (Sergio Loayza, entrevista, citado en García Linera *et al.*, 2004<sup>12</sup>). Ello sumado a que en el Parlamento son los sectores de clase media quienes poseen mayor capacidad “performativa”, en detrimento del papel menos “visible” de los diputados campesinos e indígenas. En este sentido, formalmente la estructura parlamentaria está subordinada a la sindical pero, en los hechos y por las propias características de sus competencias legislativas, esto no es así; generando tensiones y diferencias entre los componentes de una y otra (García Linera *et al.*, 2004) cuyo nexo –en ausencia de bisagras institucionales– es el liderazgo de Evo Morales<sup>13</sup>.

En el contexto nacional, después de la crisis política e institucional de octubre de 2003 puede observarse un debilitamiento de los sectores “radicales” y un afianzamiento del MAS que, desde las elecciones de 2002 y, especialmente desde la “guerra del gas”, ha apostado a una estrategia que incluye la vía electoral y pacífica como medio de acceso al poder, la moderación discursiva como forma de conseguir el apoyo de los sectores medios urbanos y el bloqueo de los ánimos insurreccionales que, intermitentemente, emergen entre los sectores populares bolivianos (sumado al apoyo crítico a la administración Mesa como el “mal menor” frente a una posible desestabilización de la democracia).

Estas nuevas fronteras entre el MAS y los “radicales” quedaron en evidencia en ocasión del referéndum del gas del 18 de julio de 2004, cuando el partido de Evo Morales llamó a sus bases a votar masivamente “por la recuperación de los hidrocarburos” y los “radicales” –entre ellos Felipe Quispe y, parcialmente, la Central Obrera Boliviana (COB)– llamaron, sin éxito, a boicotear el “tramparéndum”. Estos sectores se encuentran coyunturalmente debilitados, aunque, como demuestra la reciente expulsión de la empresa de aguas de la ciudad de El Alto, pueden rearticularse con relación a la defensa de necesidades vitales de la población frente a las deficiencias del Estado y a la mercantilización de los servicios básicos<sup>14</sup>.

De las fuerzas políticas y sociales emergentes de ciclo de movilizaciones abierto en 2000 solamente el MAS se ha erigido en una fuerza nacional, con un discurso de carácter nacionalista moderado. Las pasadas elecciones municipales han consolidado a este movimiento como la principal fuerza política del país: sobre 327 municipios ha obtenido mayoría en 66 (de los cuales en 47 obtuvo mayoría absoluta)<sup>15</sup>. Por su parte, los partidos tradicionales, hegemónicos desde 1985, se transformaron en fuerzas regionales. Sin embargo, el punto débil de estos resultados para el MAS es que, pese a las expectativas, no han logrado conquistar ninguna capital de departamento ni El Alto (epicentro de la “guerra del gas”), donde fueron reelectos los actuales (o anteriores) alcaldes. La ciudad de El Alto, donde el MAS enfrenta fuertes divisiones internas y una gran parte de sus militantes provienen de Condepas, pone de relieve las dificultades de articulación del MAS con los movimientos sociales urbanos y la supervivencia de una lógica prebendalista que le dio el triunfo al actual alcalde, José Luis Paredes (aliado del ex presidente Jorge Quiroga) con más del 50% de los votos. Así, “luego del desplazamiento hacia la izquierda en las movilizaciones, Bolivia asiste a la consolidación del centro-izquierda como elemento de renovación política” (Álvaro García Linera, entrevista, La Paz, diciembre de 2004). De hecho, en la ciudad capital donde el MAS estuvo más cerca del triunfo, Cochabamba, su candidato fue Gonzalo Lema, ex militante del MIR, con un perfil de “centro” y muy moderado en sus propuestas (la estrategia del MAS en las grandes ciudades fue nominar candidatos “blancos” de clase media, con excepción de Sucre, donde la regional del MAS

mantuvo al dirigente campesino Dennis Cuno, contra la opinión de Evo Morales).

Sin embargo, pese a que estos resultados, como mencionamos, catapultan al MAS como primera fuerza nacional, las dificultades que este partido encuentra para atraer un apoyo más amplio de los sectores urbanos (cuyas cuatro ciudades más importantes –La Paz, El Alto, Cochabamba y Santa Cruz– concentran el 50% del electorado) pone en duda las posibilidades electorales del MAS en la Asamblea Constituyente de 2005 y, fundamentalmente, en las presidenciales de 2007, eje prioritario de la estrategia *masista*. Por otro lado, se está recomponiendo un frente conservador, utilizando a las asociaciones ciudadanas<sup>16</sup> como forma de reciclaje y al discurso autonomista de Santa Cruz de la Sierra –“agenda de enero”, bajo la hegemonía política y cultural empresarial– como respuesta a la agenda nacionalizante de octubre, promovida por los movimientos sociales del occidente del país.

Así pues, en este contexto de fragmentación política, social, étnica y regional, el problema gramsciano del pasaje de lo sindical-corporativo a la construcción de hegemonía (y la implementación de una reforma moral e intelectual de la política) sigue estando entre las tareas que deberá afrontar el MAS (el MIP, como mencionamos, ha renunciado a esta tarea de nacionalizarse, centrándose en el mundo aymara, con una interpellación étnica más fuerte.). Los principales desafíos del MAS se vinculan a una eficaz utilización de las alcaldías conquistadas y de la próxima Asamblea Constituyente, para fortalecer al movimiento social y avanzar en la elaboración de un proyecto de país alternativo que le permita dar nuevos pasos en la “guerra de posiciones” que se ha propuesto como forma de acceso al poder del Estado.

## Citas

- 1 Para un análisis del populismo, en el sentido que lo definimos en el presente trabajo, véase: Aboy Carlés (2003).
- 2 Desde 1952 los mineros constituyeron la columna vertebral del movimiento obrero boliviano. Como se vio en octubre de 2003 (“guerra del gas”) el “mito minero” aún pervive en el imaginario social, aunque, efectivamente, la cultura minera “radical” se reduce a lo que Magdalena Cajías (2004) llama “lugares de la memoria”, especialmente las minas de Huanuni. Un elemento impor-
- 3 Tanto, también señalado por Cajías, es que, en los últimos años, los mineros se han visto obligados a buscar alianzas e incorporar métodos de lucha de las comunidades (campesinas) vecinas a las minas, luego de que durante décadas se percibieran a sí mismos como alejados de la cultura indígena y más cercanos a ideologías “occidentales” (fundamentalmente nacionalistas y de izquierda). Puede hablarse en Bolivia de una suerte de “marxismo minero” que, desde los años cuarenta, estructuró sus marcos de acción colectiva e interpretación de la realidad boliviana, y fue irradiado hacia otros sectores populares.
- 4 También las movilizaciones sociales se dieron desde el campo a la ciudad: la “guerra del agua”, en Cochabamba, y la “guerra del gas”, cuyo epicentro, El Alto, mantiene fuertes lazos con el campo; algunos definieron a esta urbe, ubicada a casi 4000 metros sobre el nivel del mar, como “una ciudad con mentalidad rural” (Sandoval y Sostres, 1989).
- 5 En abril de 2000 los movimientos sociales articulados en la Coordinadora en Defensa del Agua y la Vida lograron, después de violentos enfrentamientos con las fuerzas de seguridad, la rescisión del contrato con el consorcio transnacional Aguas del Tunari. Estas luchas pusieron en el orden del día la discusión sobre el significado del patrimonio público y de los recursos sociales colectivos frente a la ola privatizadora de los años noventa. Véase sobre este tema: Gutiérrez Aguilar, (2201).
- 6 Las dos regiones cocaleras en Bolivia son: la región de colonización del Chapare, en el subtrópico de Cochabamba, y los Yungas, en el norte del departamento de La Paz. Según la normativa vigente (Ley 1008), la mayor parte de los cultivos excedentarios, sujetos a erradicación, están en el Chapare.
- 7 Esta “andinización” de las puestas en escena de los cocaleros incluye la incorporación de repertorios culturales de los movimientos indígenas de Tierras Altas: el uso de la *wiphala* y la remembranza de caudillos indios en sus movilizaciones, en su iconografía y en los membretes de los sindicatos. Ello se articula con simbologías propias de la izquierda, como retratos del Che o del diputado socialista asesinado en 1980, Marcelo Quiroga Santa Cruz. También es importante, en la iconografía del MAS, la presencia de Hugo Chávez o Fidel Castro, referentes normalmente mencionados por Morales como inspiradores de la perspectiva de su movimiento.
- 8 En Bolivia la superioridad del sindicato sobre el partido ha marcado la lógica organizativa del movimiento popular y, durante años, el “sindicalismo revolucionario” constituyó la corriente hegemónica en el mundo sindical. Así, desde los años cincuenta, las corrientes sindicales constituyeron el principal referente de la izquierda en el país y la Central Obrera Boliviana (COB) será el lugar de discusión y validación de programas políticos y proyectos de la izquierda partidaria (Tapia, 2004) hasta los años ochenta. Por ello, el concepto de sindicato reenvía –a lo largo de la historia boliviana– a organizaciones más complejas y extensas que el sentido corriente del término (Zavaleta Mercado, 1983), en tanto defensor del valor de la fuerza de trabajo. En el caso de los campesinos, detrás del nombre “sindicato” se “ocultan” instituciones que en muchos casos se superponen con las instituciones originarias (*ayllus*) y corrientemente constituyen organismos de poder con funciones estatales en las comunidades (Gordillo, 2000; Lagos, 1997), maquinarias territoriales, sociales y, en la actualidad, electorales.
- 9 Cfr. “El neoliberalismo es la reedición del capitalismo salvaje” (Entrevista con Evo Morales), disponible en el Diario Independiente Iberoamericano *La Insignia*, 25 de agosto de 2002. [www.lainsignia.org/2002/agosto/ibe\\_117.htm](http://www.lainsignia.org/2002/agosto/ibe_117.htm)

- 9 Este faccionalismo fue potenciado, durante décadas, por los gobiernos bolivianos, especialmente del MNR. El pragmatismo es una característica de la forma de hacer política en el campo, en un contexto de prebendalismo. Aun hoy, sindicatos y comunidades negocian con los partidos tradicionales la incorporación de candidatos propios en sus listas y algunos dirigentes locales del MAS, que no fueron nominados como candidatos en las municipales, buscaron otra sigla partidaria para postularse.
- 10 Como bien señala Tapia (2004), se trata de la nacionalización de los recursos naturales, de las empresas que los explotan y, a través de esto, la nacionalización del Estado boliviano y sus gobiernos. El MAS representa una versión moderada de estos planteos, que postula el control de las trasnacionales y no su nacionalización-expropiación (“entrevista con Evo Morales”, en: revista *Debate*, Buenos Aires, diciembre de 2004).
- 11 Se podría decir que la diferencia entre “moderados” y “radicales”, dentro del movimiento social, es hasta dónde avanzar con la nacionalización, fundamentalmente de los hidrocarburos, pero siempre en una perspectiva estatista.
- 12 Secretario Ejecutivo de la Confederación Sindical de Colonizadores de Bolivia (CSCB), entrevistado en mayo de 2004.
- 13 En la bancada del MAS se fue consolidando una suerte de “corporativismo parlamentario” que refuerza su autonomización de los movimientos sociales y sindicales, actuando muchas veces en función de sus propios “intereses” de grupo.
- 14 Sin embargo, es importante destacar que la Federación de Juntas Vecinales (Fejuve), durante el paro cívico, enfatizó su defensa de la democracia y se opuso a los pedidos de renuncia del Presidente de la República.
- 15 A diferencia de Condepa en los noventa, el MAS no ha explotado una interpellación de tipo étnico-cultural, dirigida a los “cholas”, sino que ha sido más de “centroizquierda”, centrada en una gestión honesta de los municipios.
- 16 La ley de asociaciones ciudadanas y pueblos indígenas permite la presentación de candidatos por fuera de los partidos. Esta ley debilitó al MAS y favoreció el reciclaje de políticos tradicionales.

---

## Bibliografía

- ABOY CARLÉS, Gerardo, “Repensando el populismo”, en: *Política y Gestión*, Vol. 4, Buenos Aires, 2003.
- CAJÍAS, Magdalena, “El poder de la memoria”, en: *Revista Barataria*, No. 1, La Paz, octubre de 2004.

DEBATE (semanario periodístico), Buenos Aires, No. 92, diciembre de 2004.

GARCÍA LINERA, Álvaro, Chávez, Marxa y Costas M., Patricia, *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia*, La Paz, Diakonia-Oxfam, 2004.

GORDILLO, José María, *Campesinos revolucionarios en Bolivia. Identidades, territorio y sexualidad en el Valle Alto de Cochabamba, 1952-1964*, La Paz, Promec-Universidad de la Cordillera-Plural Editores-CEP, 2000.

GUTIÉRREZ AGUILAR, Raquel, “La Coordinadora de Defensa del Agua y la Vida. A un año de la guerra del agua”, en: Autores varios, *Tiempos de Rebelión*, La Paz, Muela del Diablo Editores, 2001.

LACLAU, Ernesto, *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996.

LAGOS, María L., [1994] *Autonomía y poder. Dinámica de clase y cultura en Cochabamba*, La Paz, Plural Editores, 1997.

PATZI, Félix, “Rebelión indígena contra la colonialidad y la transnacionalización de la economía. Triunfos y vicisitudes del movimiento indígena desde 2000 a 2003”, en: *Ya es otro tiempo el presente*, La Paz, Muela del Diablo, 2003.

SANDÓVAL, Godofredo y Sostres, M. Fernanda, *La ciudad prometida. Pobladores y organizaciones sociales en El Alto*, La Paz, Systema-Ildis, 1989.

SPEDDING, Alison, *Kawsachun Coca, Economía campesina cocalera en los Yungas y el Chapare*, La Paz, PIEB, 2004, p. 201.

STEFANONI, Pablo, “Crisis hegemónica, conflicto social e identidades políticas en Bolivia: la emergencia del MAS-IPSP”. Informe final elaborado en el marco del Concurso de proyectos Clacso-Asdi 2002 para investigadores jóvenes: “Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe”, Buenos Aires, Clacso (en prensa), 2003.

TAPIA, Luis, “Izquierdas y movimiento social”, en: Autores varios, *Memorias de Octubre*, La Paz, Comuna-Muela del Diablo, 2004.

ZAVALET MERCADO, René, “Forma clase y forma multitud en el proletariado minero en Bolivia”, en: René Zavaleta M. (comp.), *Bolivia Hoy*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1983.

ZEGADA, María Teresa, “Dinámica Política en el Trópico: Actores, conflictos y estrategias destructivas”, en: Álvaro Argandoña y Carla Ascarrunz (comps.), *Seminario Futuro del Trópico de Cochabamba. Escenarios para el Desarrollo Sostenible*, Cochabamba, UMSS-Centro de Estudios de Población, 2002, p. 11.